

Memoria y desmemoria

Cine olvidado

Fernando Gracia Guía

Una reflexión sobre el cine y la memoria de “el gran público”, nos trae el recuerdo de algunas películas olvidadas.



José Verón

Del Consejo de redacción de la revista me llega la sugerencia de que hable de películas que merecen ser recordadas pero que da la impresión de haber sido olvidadas. Sugerente propuesta, sin duda, que a medida que he ido pensando me ha ido pareciendo de tan largo y prolijo desarrollo, que ya de entrada desisto de abordar a fondo.

Me explicaré. Si intento hacer una relación de obras, habida cuenta de que nos enfrentamos a un arte que empezó a producir títulos a finales del siglo XIX y que además lo de los méritos no deja de ser algo subjetivo, el asunto patinaría por todos los lados, amén de que me obligaría a una labor de investigación de semanas o quién sabe si de meses, y uno ya está muy mayor para estos menesteres.

Así que comenzaré a divagar y veremos a donde llegamos. Porque, de entrada, quién puede asegurar que tal o cual título está realmente olvidado.

Les puedo aseverar que tengo compañeros en la tertulia cinematográfica a la que pertenezco cuya memoria alcanza tantos y tantos títulos —muchos para mí desconocidos y otros realmente olvidados— que permite pensar que nada está realmente arrumbado en el recuerdo.

Claro que seguramente estamos pensando en “el público en general” cuando nos planteamos estos temas. ¡Ah, el público! Esa masa heterogénea que acaba componiendo las grandes cifras con las que se alimenta la industria. La memoria de ese público es de tan corto alcance que solo salva unos pocos títulos que se le fijaron en sus primeros años de espectadores y que sobre el resto vive en el más riguroso día de hoy, sin plantearse mayores disquisiciones.

Para ese “gran público”, la mayoría de las películas que cualquiera de nosotros, que nos consideramos

más o menos buenos degustadores de cine, hemos aplaudido, son títulos olvidados. Seguramente porque no han hecho del cine nada más que un pasatiempo ligero de consumo rápido. Ciertamente es que gran parte de lo que se rueda no tiene otro fin que ese —no olvidemos que estamos ante una industria que a veces es también arte—.

Pero los que nos consideramos buscadores de algo más, e incluyo en esta nómina los lectores de revista tan prestigiosa como la que alberga estas líneas, sí que de vez en cuando echamos la vista atrás y pensamos en aquellos títulos que tanto nos gustaron hace décadas y que ahora resultan casi invisibles porque nadie los programa. Por ahí podría ir una lista pormenorizada de películas, que no pienso abordar, como ya he apuntado más arriba, aunque quizá se deslice algún que otro título en estas esforzadas líneas.

Por ejemplo, al acabar el párrafo anterior me ha venido a la cabeza *La kermesse heroica*, de Jacques Feyder, y la verdad es que no sé por qué. Quiero decir que por qué esta y no otra, porque desde luego considero que es una gran película muy olvidada cuando no muy desconocida por quienes debieran conocerla. A pesar de ser de 1935 se estrenó en Zaragoza cuando el entrañable cine Elíseos era el feudo del arte y ensayo. O sea, que sería en los setenta. Decían que si la censura no la había dejado pasar porque en ella “los malos” eran los españoles. Luego resultó que no era del todo cierto, ya que pude averiguar que en mayo de 1936, antes de que pasara lo que pasó, se estrenó en el viejo cine Goya. Lo que sí fue verdad es que tuvieron que pasar 33 años para volverla a ver, ya que el impagable libro de mi amigo José Luis Portolés me dice que se reestrenó en diciembre de 1968.

Pero a lo que íbamos. He hablado con bastante gente de esta película y casi nadie la conoce. Solo media docena de mi entrañable tertulia. Bueno, ahí tenemos un título.

Y ahora que me he animado, qué pocas referencias actuales a dos títulos que tienen en común la presencia del mejor James Bond, o sea Sean Connery. No se trata de películas con el famoso agente secreto, claro está, sino dos pequeñas joyas de los setenta, *Robin y Marian* y *El hombre que pudo reinar*. ¿Olvidadas? No exageremos, no tanto, pero seguramente un tanto abandonadas en el recuerdo o a la hora de hacer esas antologías o listas a las que algunos están tan aficionados.

¿Y si hablamos de países? Por ejemplo del cine inglés. Y me refiero en este caso al cine producido sobre todo en los cincuenta cuando aún no había sido colonizada esta industria por el cine americano. Ese cine producido en los estudios Ealing o Pinewood, hecho con poco dinero, casi siempre comedias que podríamos calificar de domésticas, interpretadas por excelentes actores procedentes del West End teatral.

Títulos que llegaron sin mayores problemas a nuestro país y que hicieron comentar a muchos espectadores de aquellos años que “para humor de calidad, el inglés”.

Películas como “*Ocho sentencias de muerte*”, “*Pasaporte a Pimlico*”, “*El hombre del traje blanco*”, “*Los apuros de un pequeño tren*”, “*Genoveva*” o “*Es grande ser joven*”, solo por citar algunas, fueron grandes éxitos y ahora resultan muy difíciles de revisar. Pueden ser ejemplos de cine olvidado.

Dirán algunos que me he dejado un título al hablar del viejo cine inglés de humor. Cierto: “*El quinteto de la muerte*” ocupa un lugar privilegiado en esa relación de grandes títulos, pero pienso que no ha sido olvidado, porque suele gozar de frecuentes apariciones en las cadenas temáticas, a lo mejor para compararla con la más que discutible nueva versión que encabezó el bueno de Tom Hanks hace pocos años.

““ Quién puede asegurar que tal o cual título está realmente olvidado. ””

¿Y qué decir de las grandes comedias, en su mayoría norteamericanas, producidas en la década de los cuarenta? Son muchas las que han sido sepultadas por el paso del tiempo y solo quedan en la memoria de unos pocos cinéfilos ya entrados en años. De vez en cuando se puede visionar alguna a través de las cadenas temáticas, raras veces en versión original y si hay suerte conservando el encantador doblaje de aquellos tiempos.

Me vienen a la memoria tres títulos, como bien pudieran ser otros muchos más, “*Medianoche*”, de Mitchell Leisen, “*Luna Nueva*”, de Howard Hawks y “*Los viajes de Sullivan*”, de Preston Sturges. No es que ahora sean invisibles, pero sí que apenas unos pocos aficionados los recuerdan y desde luego son bastante desconocidos por eso que llamamos “gran público”. La lista sería enorme

y seguro que me dejaría muchos más muy estimables en el tintero. Por mi parte intento solventar este problema visionando cualquier cosa que encuentro por esas cadenas de Dios cuando su fecha de producción es de los cuarenta e incluso de los treinta.

Ello me ha permitido descubrir pequeñas joyas a posteriori copiadas hasta la saciedad y de esa forma rellenar mi memoria cinematográfica, que tantos agujeros muestra. Aconsejo tal práctica a todo aquel lector interesado en conocer medianamente bien la historia de este arte del siglo XX, que no sabemos si perdurará en este siglo que ahora transitamos.

Frecuentemente podemos leer, tanto en la prensa tradicional como sobre todo en los múltiples foros de Internet, listas de “mejores películas” de tal o cual época o género. En general la vista alcanza a muy pocos años atrás y tal parece que no existe más cine que el visionado hace cuatro días. Se tiende a olvidar, generalmente por desconocimiento, el gran cine realizado en otras épocas. Se menosprecia aquel cine hecho con menos medios, sin alardes pirotécnicos, y sobre todo en blanco y negro.

Eso nos llevaría a pensar que solo los que pasan limpiamente de los sesenta años de edad, y dentro de esa franja los que además aman de verdad al cine y no andan flojos de memoria, son los únicos que pueden opinar con cierto criterio. Muchos me tratarán de exagerado por esta apreciación, pero debo decir que, salvo en tres o cuatro personas curiosamente todas pertenecientes a la Tertulia Perdiguera, se cumple esto con absoluta precisión.

Se me había propuesto escribir algo sobre el cine olvidado. No creo que estas modestas líneas cumplan del todo con el encargo. Pero quizá lo escrito ha servido para salir del paso. Como decía el Fénix de los Ingenios, “Un soneto me manda hacer Violante/ y en mi vida me he visto en tal aprieto...”.